

segun la palabra del Rey Pelayo que respetaban como profética.

34. No pudiendo los sarracenos arrojarlos de sus propios acantonamientos, quisieron á lo menos tenerlos bloqueados y cortarles toda comunicacion con los cristianos de la Galia tan interesados en favorecer el restablecimiento de este nuevo estado. Los Príncipes árabes, como conquistadores del imperio de los visigodos, alegaron tener un derecho á las posesiones que esta nacion habia poseido hasta entonces al otro lado de los montes Pirineos. Al punto tomó Zama á Narbona con algunas otras plazas de menor importancia, y penetró hasta Tolosa sitiando aquella ciudad; mas habiendo acudido á su socorro Eudon, duque de Aquitania, Zama perdió la vida, y los sarracenos quedaron derrotados.

Uniéndose algunos años despues una multitud numerosa de bárbaros bajo la conducta de Abderraman, gobernador general de toda España, formaron un ejército poderoso dividido en dos cuerpos. Desfiló el uno por la derecha entre el mar y las montañas hasta la ciudad de Arlés de la que se habian apoderado en el año anterior. Subiendo de allí por el valle del Ródano y luego por el del Saona, se apoderaron de todas las plazas que bañan aquellos dos rios hasta Chalons. Al punto se derramaron por todas las llanuras de la antigua Borgoña en donde tomaron á Beona, Dijon, Besanzon; y entrando en el pais bañado por el Yona tomaron á Auxerre, y luego atacaron á Sens. Habia seguido libremente hasta enton-

ces este diluvio de bárbaros su curso, sin encontrar dique alguno que le detuviese, saqueando, matando, destruyendo lo que creían no poder conservar, y abrasando sobre todo las iglesias y monasterios. Gobernaba entonces la iglesia de Sens el santo arzobispo Ebbon. Habia sido monge y luego abad de San Pedro el Vivo, donde adquirió el hábito de vivir en un santo sosiego muy distante del estrépito de las armas. Mas el horror que le causaban las profanaciones y escesos con que los infieles amenazaban ya á su iglesia, le llenó de un valor que se juzgó inspirado de lo alto, y al frente de todo su pueblo hizo contra ellos una salida tan vigorosa, y los puso en tal desorden, que cortó del todo sus progresos por aquella parte. Dejó el obispado conseguida esta victoria, y se consagró por el resto de su vida á la soledad.

Atacó la Aquitania por otra parte, esto es, en el occidente de la Francia, Abderraman en persona. Contaba con la desavenencia del duque Eudon y de Carlos Martel, quien sin poseer título de Rey reinaba con autoridad soberana en todo el imperio francés. Este hombre grande en la guerra y en el estado, hijo de Pipino gefe de palacio y de una concubina llamada Alpaída, fue encerrado despues de la muerte de su padre por su madrastra Plectrudis. Escapó de la prision, se refugió en la Austrasia donde fue mirado con los mismos ojos que su padre, y reconocido por duque. El ascendiente de su genio le sometió muy pronto el resto del reino, á pesar de los es-

fuerzos reunidos del gefe Rainfredo y del Rey Chilperico II, digno verdaderamente entre los últimos Merovingianos de no ser contado en el número de los Reyes ociosos. Carlos, llamado Martel por los golpes de valor con que estrelló, por decirlo así, á todos sus enemigos, no tomó con todo el título de Rey como su padre, contentándose con egercer toda la autoridad bajo el nombre de gefe supremo de palacio. Defendió vigorosamente los derechos del reino, y por sostenerlos se indispuso con Eudon, duque de Aquitania que, en calidad de Príncipe de la sangre real y de hijo menor del Rey Chariberto, pretendia la independenciam. El temor de los enemigos comunes del nombre francés y del nombre cristiano los reconcilió.

Carlos, olvidándolo todo por la salud pública, voló al socorro del duque (1). Los árabes espantados todavía mas de esta concordia imprevista que de la altura extraordinaria de los franceses del norte que les parecian otros tantos gigantes, tomaron en un momento la fuga. Abderraman perdió la vida, y la noche terminó el combate. Lo que refieren varios autores antiguos y modernos del número prodigioso de muertos, sobre ser muy sospechoso en sí mismo, lo es todavía mas por diferentes circunstancias y por sola la conducta de los cristianos despues de la victoria. Viendo levantadas aun las tiendas de los musulmanes, creyeron que iban otra vez á empezar el combate. Cuando supieron que habian abandonado él

(1) *Isidor. Pacens. Chron. pag. 18.* — *Roderic. Arab. cap. 11.*

campo con precipitacion, temieron perseguirlos por no caer en alguna emboscada, y se contentaron con recoger el botin que fue inestimable. Mas todos los progresos de estos infieles en Francia quedaron desde entonces enteramente cortados. Poco despues recobró Carlos Martel todo cuanto habian conquistado en el otro extremo del reino.

35. Sin embargo, las iglesias se resintieron largo tiempo de esta lastimosa invasion. Ignórase la serie de obispos de la mayor parte de las ciudades que ocuparon los infieles, en cuyos respectivos catálogos se hallan diferentes vacíos desde el fin del séptimo siglo hasta el nono. Cuéntanse tambien bastantes mártires, á lo menos en aquellos lugares en que Abderraman no mandaba en persona; pues careciendo sus subalternos de la autoridad necesaria para contener á los soldados, este tropel de salteadores sin humanidad y sin política no temia atraerse el odio de los pueblos que intentaba someter.

Previendo su próxima llegada San Teofredo, abad de Camerí en la diócesis de Puy, creyó no deber abandonar al capricho de los profanadores la iglesia que se le habia confiado (1). Dos dias antes que llegasen, lo advirtió á los religiosos en términos precisos, y les mandó retirarse al desierto vecino llevándose cuanto pudiesen. Los bárbaros hallándole solo á la puerta de la iglesia en donde oraba postrado, tentaron desde luego con dulzura inclinarle á que les descubriese los monges; mas cuando supieron que se habian

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. pag. 482.*

llevado cuanto habian podido de lo mas precioso , se llenaron de furor y le maltrataron tan cruelmente, que solo sobrevivió seis ó siete dias.

Todos los monges de Lerins en número de quinientos permanecian en su monasterio con su santo abad Procaro , segundo de este nombre , cuando llegaron allí los sarracenos despues de la toma de Arlés (1). Habiendo ocultado las reliquias de la iglesia , se prepararon á morir recibiendo antes la comunión. Los infieles empezaron haciéndolos prisioneros : separaron luego á los ancianos y los atormentaron para intimidar á los otros , á quienes hicieron las promesas mas lisongeras si querian mudar de religion. Por último , viendo que todos perseveraban con una firmeza inalterable , los hicieron morir en diferentes maneras , reservando solamente cuatro de los mas jóvenes y de mas bella figura , que encerraron en la tienda del comandante. Derribaron la iglesia , asolaron todas las celdillas , y se retiraron satisfechos de haber arruinado para siempre este plantel de santos. Pero los cuatro religiosos prisioneros hallaron medio de escapar , y volviendo á Lerins restablecieron insensiblemente aquel monasterio.

San Mileto , abad de Luxeu , fue tambien martirizado con todos sus monges (2). Este santo monasterio permaneció quince años sin abad , y cesó en él la salmodia perpetua. El monasterio de Bese tambien fue arruinado. En el territorio de Viena hubo una

(1) *Ibid. pag. 525. = Chron. Liv. (2) Hesten. Cathalog. Abb. Luxoviens.*

multitud de mártires , no solo entre los monges sino tambien entre todas las clases de habitantes. Otro mayor número se vió reducido á andar errante sin socorro alguno por los bosques y desiertos , ó á emigrar á paises estrangeros. Las iglesias fueron incendiadas , y nada quedó esento del pillage y de la destruccion. Derrotados los sarracenos por Carlos Martel , cometieron todavia en su retirada estragos horribles , quemando iglesias y monasterios , y degollando á cuantos cristianos encontraban.

En Gueret , capital de la Marca , habia un monasterio nuevamente establecido , el cual florecia con todo el fervor de su institucion bajo el gobierno de su primer abad San Pardux (1). Corria la voz de la venida de los infieles : el santo abad dotado de una bondad singular , dijo á los religiosos : hijos mios , si yienen esas gentes , dadles bien de comer y beber , pues han padecido mucho. Los monges prepararon un carro cubierto , pero no hubo quien se atreviese á conducirsele. El abad se negó á ello , porque estaba profundamente penetrado de la obligacion de observar literalmente hasta morir las reglas de la clausura. Los monges atemorizados huyeron , y él quedó solo sin sobresalto. Pero un criado quiso observar desde un sitio escondido lo que sucedia. Cuando distinguió de lejos la tropa de musulmanes amenazando y anunciando el furor que los guiaba , corrió á dar aviso al Santo , el cual postrándose humildemente dijo : „Señor , disipad esa nacion que se complace en el desorden

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. Vit. S. Pard.*

y en la violencia, y no permitais que toque á las puertas de vuestra casa." Detuvieron su marcha, y al cabo de una larga conferencia entre ellos tomaron otro camino.

Las victorias que ganó Carlos Martel á los sarracenos convirtieron su furor contra sí mismos, y dieron lugar á muchas guerras civiles que prepararon desde entonces la ruina de su imperio en España. Pero la situacion y vasta estension del de Carlos no le permitieron aprovecharse de esta ventaja. No podia detenerse mucho tiempo en Francia sin que se rebelase la Sajonia ó alguna otra provincia de la Germania que era todavía pagana. Tomó el partido de demoler las fortificaciones de todas las ciudades, y de tener continuamente un pie de ejército aguerrido: providencia que logró hacer las sublevaciones mas difíciles y peligrosas, aunque no menos raras. Creyó en fin que para restablecer sólidamente el poder supremo, era necesario reinar en los corazones de los vasallos, y que jamás llegaria á esta suerte de imperio sino por medio de la religion.

36. En estas circunstancias se le presentó un misionero muy célebre con cartas de recomendacion del Papa, á fin de obtener su beneplácito y proteccion para predicar la fe en las provincias sujetas á su imperio al otro lado del Rhin (1). Era natural de Inglaterra, donde adquirió el conocimiento de las ciencias y de los ejercicios monásticos, y despues de haber hecho algunas misiones pasó á Roma, donde el

(1) *Ibid. tom. 4. init.*

Papa Gregorio II le consagró obispo, mudándole el nombre de Oinfrido en el de Bonifacio. Habia predicado al principio en la Frisia, la cual volvió á caer de un modo singular en la idolatría despues de haber abrazado el cristianismo por la predicacion de San Wulfrando, arzobispo de Sens, que se ausentó de su diócesis por espacio de cinco años para trabajar en la conversion de los infieles. El Rey Rabodo se hallaba en el momento de recibir el bautismo, y tenia ya puesto un pie en la fuente ó pila sagrada cuando le ocurrió preguntar al arzobispo, si los Reyes y Príncipes de los frisones estaban en el paraíso que él le prometia, ó en el infierno. Respondió Wulfrando, que habiendo muerto con las manchas del pecado y de la idolatría, no podia dudarse de su condenacion. Rabodo se retiró inmediatamente de la pila, y dijo: „no puedo resolverme á dejar la compañía de tantos hombres ilustres para reunirme á la de tantos cobardes y despreciables en vuestro reino celestial. Id á otra parte con vuestras novedades: nosotros preferimos seguir los antiguos usos de los valientes frisones:" mas este vano efugio no logró calmar la conciencia del Príncipe inconstante.

37. Envió á llamar poco tiempo despues á San Willebrodo, otro ingles consagrado arzobispo de los frisones por el Pontífice, y establecido en la silla de Utrech. Ansiaba que platicase con San Wulfrando, y que pensasen algun medio de conciliar el cristianismo con la religion de sus padres. Respondió San Willebrodo á los enviados: „¿cómo será posible que

vuestro Soberano abrace mis consejos, despues de haber despreciado los de nuestro hermano el santo obispo Wulfrando? He visto esta noche á ese Príncipe desgraciado cargado de abrasadas cadenas, y tengo bastante fundamento para opinar que yace sumido en el abismo infernal." Resolvió el Santo no obstante ir á buscar á Rabodo; y sabiendo en el camino que habia muerto sin bautismo, volvió atrás lleno de tristeza.

Quedó con esta muerte Carlos Martel poseedor pacífico de toda la Frisia. San Bonifacio, que habia abandonado un pais en donde no esperaba poder obrar ningun bien sólido bajo el dominio de un apóstata, regresó sin dilacion para entrar á la parte en los trabajos de San Willebrodo, ya muy anciano, que queria nombrarle su sucesor. Mas Bonifacio se escusó alegando estar destinado por el Papa para las naciones de la Germania oriental, á donde pasó en efecto luego que los negocios de la Religion en Frisia se lo permitieron. Padeció muchas calamidades, particularmente en la Turingia que los sajones idólatras acababan de incendiar. Hallábanse los pueblos tan pobres, que apenas tenian con qué vivir, á pesar del continuo trabajo de manos á que estaban dedicados juntamente con los misioneros, y de hacer venir de muy lejos las cosas necesarias á la vida. Sin embargo, el cristianismo reinaba en aquella region con el cetro frances desde el tiempo del primer Rey Tierri, hijo del gran Clodoveo; mas parecia del todo estinguido. Los habitantes que quedaron, reconocieron por sus Soberanos á los antiguos sajones, nacion muy adicta

al paganismo y la mas temible de la Germania. Se mezclaron tambien algunos falsos hermanos, quienes introdujeron la heregia con el nombre de religion, segun se esplican los historiadores de aquel tiempo, entendiendo por heregia la incontinencia clerical, porque aquellos salvages se entregaban muy poco á las sutilezas y á las especulaciones heréticas.

Reanimóse la fe en todas partes á pesar de tantos obstáculos y contradicciones, y las costumbres tornaron á su antigua pureza. Se edificaron en breve tiempo muchas iglesias: á la orilla del rio Or, donde los operarios evangélicos tenian solamente unas pobres tiendas para su habitacion, levantaron un monasterio que tomó de aquí el nombre de Ordof, y principió á celebrarse en este santuario con toda dignidad el culto cristiano. Acantonáronse las tropas francesas cerca de ellos para ponerlos á cubierto de las irrupciones é insultos de los idólatras; mas creciendo de dia en dia el número de fieles, fue inútil esta precaucion.

38. Aunque era feliz y hábil Bonifacio en el ministerio apostólico, se gloriaba de seguir los consejos de sus antiguos maestros como si fuese todavía su discípulo. Recibió en este concepto la carta de Daniel de Vinchester su antiguo obispo tan digno de veneracion por su sabiduría y doctrina como por su virtud (1). „No ataqueis directamente, le decia, ciertas preocupaciones de los bárbaros como las genealogías de sus falsos dioses: dejadlos que permanezcan por

(1) *Inter. Epist. S. Bonif. num. 67.*

algun tiempo en el error de que sus dioses nacieron unos de otros del mismo modo que los hombres, para manifestarles así que no existían antes.”

„Cuando llegue el caso que se vean en la necesidad de confesar que los dioses han tenido principio, preguntadles ¿si el mundo le ha tenido igualmente, ó si ha sido eterno? Si dijeren que el mundo principió á existir, añadan qué virtud le dió el ser. A la verdad, antes de la creacion no habia lugar alguno en que unos dioses engendrados y corpóreos pudiesen existir. Entiendo por mundo no solo el globo terrestre y el cielo visible, sino tambien todos los espacios que los paganos pueden imaginar. Si defienden que el mundo es eterno, preguntadles otra vez ¿quién le gobernaba antes que los dioses hubiesen nacido? ¿cómo han podido subyugar á un mundo que existió tanto tiempo antes sin el concurso de su poder? ¿de dónde se persuaden que vinieron el primer dios y la primera diosa? ¿si engendran todavía, ó si no engendran ya? Si no engendran ya, ¿quién ha puesto fin á su fecundidad? Si deben engendrar eternamente, llegando á ser infinito el número de dioses ¿qué harán los hombres para honrarlos, para distinguir á lo menos los mas poderosos en cuya desgracia seria peligroso incurrir? Sin embargo, en los argumentos no insulteis á esos pobres ciegos, antes bien compadeceos con tal piedad é interés que os ganeis sus corazones. Conved si es posible; confundid si es necesario; pero no irritéis jamás. Averguéncense de sus fábulas absurdas, y sobre todo de la abominacion de

sus observancias, comparándolas con la pureza y noble sencillez del Evangelio, que os concretareis á tocar de paso para no dar á entender que triunfais de su humillacion.”

Para combatir á aquellos groseros idólatras, no con argumentos relevantes que habrian sido infructuosos, sino valiéndose de sus mismas preocupaciones, aconseja el sabio prelado á San Bonifacio que pregunte á aquel pueblo consagrado al servicio de sus dioses solo por el interés de una felicidad presente y temporal, ¿quién goza en el mundo de mayor felicidad que los cristianos, pues ellos poseen las regiones mas bellas del universo, tierras fértiles en aceite, vino y otros varios frutos deliciosos de toda especie, en tanto que los paganos y sus divinidades no tienen mas que tierras ingratas y áridas? No conviene, prosigue, dejarles ignorar ni la grandeza del mundo cristiano, ni que la idolatría dominaba en todo el universo antes que la gracia de Jesucristo le alumbrase con el conocimiento del verdadero Dios. Tal es entre las instrucciones del obispo Daniel uno de los monumentos de sabiduría y capacidad que nos han transmitido los siglos, y que siempre han resplandecido en el cuerpo episcopal.

San Bonifacio consultó con el santo obispo Daniel sobre los eclesiásticos escandalosos que habia en el distrito de su mision; y le aconsejó este sabio prelado que llevase con paciencia á ejemplo de los Santos lo que no podia estorbar. „En cuanto á los sacerdotes homicidas ó deshonestos, vos sabeis, le dice, que se-

gun los cánones no se les puede admitir á las funciones del sacerdocio, y mucho menos al gobierno de las almas. Mas en las cosas de la vida no debemos separarnos de ellos, pues no seria posible verificarlo como dice San Pablo, sin salir de este mundo: basta que os separeis de ellos en las cosas sagradas." Cita al punto con mucha exactitud las máximas de San Agustín para soportar á los malos é incorregibles, y para no dividir la Iglesia con pretexto de purificarla. Por último, le exhorta á tener mucha paciencia y condescendencia con los bárbaros.

39. Escribió tambien el Sumo Pontífice al humilde misionero, quien le dió una cuenta exacta de todos sus pasos, advirtiéndole (1) que no debia temer hablar y aun comer con los sacerdotes y obispos de vida corrompida, pues mas fácilmente se reducen los pecadores con la indulgencia y afabilidad que con el rigor de las reprensiones.

Responde Gregorio II en la propia carta, colocada en el número de las decretales, á diferentes puntos de consulta respectivos á la disciplina (2). Encontramos en ella un artículo sobre el matrimonio que á primera vista causa admiracion. Permite no solo el matrimonio entre un hombre y una muger que sean parientes hasta el quinto grado (aunque el uso comun era no permitir el matrimonio entre los que pudiesen reconocer algun parentesco), pero añade: que si la muger tuviese alguna enfermedad por la que

(1) *Greg. P. II. Ep. 13. tom. 6. Conciliar.* (2) *Ibid. cap. 2.*

quedase perpetuamente inhábil para el matrimonio, no se impida al marido casarse con otra, bajo la condicion de proporcionar á la enferma los ausilios necesarios. Han creido algunos teólogos desvanecer esta dificultad diciendo, que esta respuesta debe entenderse de una simple tolerancia en vista de la estupidez de aquel pueblo, con el fin de estorbar otro mal mayor. Pero la solucion de estos es tan inútil como poco satisfactoria. Se trataba de una impotencia permanente, segun los términos de la carta, *si la muger no pudiese consumar el matrimonio*; y por consiguiente de un impedimento dirimente que quita toda dificultad. A pesar de la ignorancia y barbarie de esta nacion, no deja el Pontífice de decidir en el propio lugar, que los niños ofrecidos por sus padres para la vida monástica quedan en verdad consagrados á Dios en virtud de esta ofrenda, y privados de la libertad de casarse.

40. Tambien poseemos con el título de reglamento una instruccion del Papa Gregorio II relativa á las misiones de Germania. Llegando por fin los dias de salvacion y los momentos de la gracia para esta nacion grande y célebre que debia comunicar por su parte la luz del Evangelio hasta las estremidades del norte; bretónes, franceses, romanos, todos los que habian recibido el espíritu del apostolado iban como á competencia á cada una de las naciones germánicas. Partió para la Nórica ó Baviera un obispo llamado Martiniano en compañía del sacerdote Jorge y del subdiácono Doroteo, ministros de la iglesia ro-